

T. J. Klune

Bajo la puerta de los susurros



Capítulo 1

Patricia estaba llorando.

A Wallace Price no le gustaba nada que la gente llorara.

Tanto daba que se tratara de lagrimillas, lagrimones o sollozos desgarradores que sacudían todo el cuerpo; el llanto no servía para nada, y ella solo estaba retrasando lo inevitable.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó la mujer con las mejillas empapadas mientras alargaba el brazo hacia la caja de clínex que él tenía sobre la mesa. No advirtió que Wallace torcía el gesto. Seguramente fue mejor así.

—¿Cómo no iba a saberlo? —repuso él. Entrelazó las manos sobre su mesa de roble, y su silla Arper Aston chirrió cuando se retrepó, preparándose para lo que sin duda sería un caso de histrionismo desafortunado, mientras se esforzaba por no arrugar la nariz por la peste a lejía y limpiacristales. Alguien del personal de limpieza nocturno debía de haber derramado algo en su despacho, pues se había quedado impregnado de aquel olor denso y empalagoso. Wallace tomó nota mental de enviar una circular para recordarles a todos que tenía un olfato sensible y que no era de recibo que lo obligaran a trabajar en aquellas condiciones. Le parecía una auténtica salvajada.

Las persianas de las ventanas de su despacho estaban cerradas para evitar la entrada del sol de la tarde, y el áspero rugido del aire acondicionado lo mantenía bien despierto. Tres años atrás, alguien le había preguntado si podía subir la temperatura a veintiún grados. Él había soltado una risotada. El calor fomentaba la pereza. En cambio, el frío espabilaba a la gente.

Al otro lado de su puerta, el bufete funcionaba como una máquina bien engrasada, laboriosa y autosuficiente, sin necesidad de instrucciones constantes, tal y como le gustaba a Wallace. No habría llegado tan lejos si hubiera tenido que estar encima de todos y cada uno de sus empleados. Aun así, nunca les quitaba ojo, claro, y ellos sabían que debían trabajar como si les fuera la vida en ello. Sus clientes eran las personas más importantes del mundo. Cuando daba la orden de saltar, esperaba que todos aquellos que lo habían oído saltaran sin hacer preguntas irrelevantes como «¿a qué altura?».

Lo que lo llevó a devolver su atención a Patricia. La máquina se había averiado y, aunque nadie era infalible, Wallace necesitaba cambiar una pieza defectuosa por una nueva. Había trabajado demasiado duro para permitir que todo se fuera al garete. El año anterior había sido el más rentable en la historia del bufete, y el año en curso prometía ser aún mejor. Fuera cual fuese el estado del mundo, siempre habría alguien a quien demandar.

Patricia se sonó las narices.

—Creía que no le importaba.

Wallace clavó los ojos en ella.

—¿Por qué diablos creía usted eso?

—No es ese tipo de persona —respondió ella con una sonrisa llorosa.

Él se enfureció. ¿Cómo se atrevía a decir una cosa así, y peor aún, a su jefe? Tendría que haber adivinado, diez años atrás, cuando la había entrevistado para el puesto de asisten-

te jurídica, que acabaría saliéndole rana. Le había parecido pizpireta, un rasgo que suponía que se le pasaría con el tiempo, pues un bufete no es lugar para la jovialidad. Qué equivocado había estado.

—Claro que lo soy...

—Lo que pasa es que llevo una temporada muy mala —prosiguió ella, interrumpiéndolo—. He tratado de guardármelo todo dentro, pero debería haber imaginado que usted se daría cuenta.

—Exacto —dijo él, en un intento de reconducir la conversación. Cuanto antes despachara aquel asunto, mejor para los dos. Patricia lo comprendería con el tiempo—. Me he dado cuenta. Y ahora, si me...

—Y sí que le importo —continuó ella—. Lo sé. Lo supe en el momento en que me regaló un arreglo floral el mes pasado, por mi cumpleaños. Fue todo un detalle. Aunque no llevaba tarjeta ni nada, entendí lo que intentaba expresar. Que me aprecia. Y yo le aprecio muchísimo, señor Price.

El señor Price no sabía de qué le estaba hablando. Él no le había regalado nada. Sin duda, había sido cosa de su auxiliar jurídico-administrativa. Tendría que leerle la cartilla. Las flores eran innecesarias. ¿De qué servían? Al principio eran bonitas, pero cuando se morían, las hojas y los pétalos se arrugaban y se pudrían, dejándolo todo hecho un asco, cosa que habría podido evitarse directamente no enviándolas. Con esto en mente, cogió su ridículamente cara estilográfica Montblanc y garabateó una nota («Idea para una circular: las plantas son un horror y nadie debería tenerlas»).

—No pretendía... —dijo sin alzar la vista.

—A Kyle lo despidieron hace dos meses —dijo ella, y él tardó más de lo que habría estado dispuesto a reconocer en recordar a quién se refería.

Kyle era el marido de Patricia. Wallace lo había conocido

en una fiesta del bufete. Kyle estaba ebrio, claramente encantado con el champán que Moore, Price, Hernández y Worthington ofrecía a sus empleados tras otro año de éxitos. Con el rostro colorado, Kyle había agasajado a los presentes con un relato detallado por el que Wallace no consiguió sentir el menor interés, sobre todo porque el hombre parecía creer que el volumen de voz y los detalles fantasiosos eran elementos imprescindibles de una narración.

—Lamento oír eso —dijo con frialdad, depositando su teléfono sobre el escritorio—, pero creo que deberíamos centrarnos en el asunto que nos...

—Le está costando encontrar trabajo —continuó Patricia, arrugando su pañuelo desechable antes de coger otro. Al enjugarse las lágrimas con la mano se le corrió el rímel—. Y no podría habernos pasado en un peor momento. Nuestro hijo se casa en verano, y se supone que tenemos que correr con la mitad de los gastos de la boda. No sé cómo nos apañaremos, pero encontraremos la manera, como siempre. Es solo un bache en el camino.

—*Mazel tov* —la felicitó Wallace.

Ni siquiera sabía que Patricia tuviera hijos. No era muy dado a fisgar en la vida personal de sus subordinados. Los hijos constituían una distracción que no veía con buenos ojos. Empujaban a sus padres —sus empleados— a solicitar permisos para asistir a recitales, cuidar niños enfermos y cosas así, dejando que otros cubrieran su ausencia. Y, como el departamento de recursos humanos le había desaconsejado exigir a los empleados que se abstuvieran de fundar una familia («¡no puede decirles que se conformen con comprarse un perro, señor Price!»), había tenido que vérselas con madres y padres que le pedían la tarde libre para oír a sus hijos vomitar o berrear canciones sobre formas, nubes y demás memeces.

Patricia volvió a sonarse los mocos con una especie de bocinazo prolongado y húmedo que a Wallace le puso los pelos de punta.

—Y luego está nuestra hija. Yo creía que era un caso perdido y que acabaría criando hurones, pero entonces el bufete tuvo la generosidad de concederle una beca, y ella por fin encontró su camino. La escuela de negocios, nada menos. ¿A que es estupendo?

Él la miró con los ojos entrecerrados. Tendría que hablar con los socios. No sabía que ofrecieran becas. Donaban fondos a organizaciones benéficas, sí, pero las deducciones fiscales los compensaban de sobra. No sabía en qué los beneficiaría regalar dinero para algo tan ridículo como una «escuela de negocios», aunque también desgravara. Seguramente la hija querría hacer una insensatez, como abrir un restaurante o montar una oenegé.

—Creo que su definición de «estupendo» no coincide con la mía.

Ella asintió, aunque a Wallace le dio la impresión de que no lo estaba escuchando.

—Este empleo es muy importante para mí, más importante que nunca. Los compañeros son como mi familia. Nos apoyamos unos a otros. No sé qué habría sido de mí sin ellos. Y que usted haya percibido que algo iba mal y me invitara a su despacho a desahogarme significa más para mí de lo que jamás podrá imaginar. Me da igual lo que digan los demás, señor Price: es usted una buena persona.

¿A qué narices venía eso?

—¿Qué dicen los demás sobre mí?

Ella palideció.

—Oh, nada malo. Ya sabe cómo son estas cosas. Usted fundó este bufete. Su apellido figura en el membrete del despacho. Resulta algo... intimidante.

Wallace se tranquilizó. Se sentía un poco mejor.

—Ya, bueno, supongo que...

—A ver, sí, la gente comenta que a veces es frío y calculador, y que, cuando las cosas no se hacen en el momento en que usted quiere, alza la voz hasta dar miedo, pero es que ellos no le ven con los mismos ojos que yo. Sé que bajo esa fachada de trajes caros hay un hombre bondadoso.

—Fachada —repitió él, aunque le complacía que ella supiera apreciar su sentido de la elegancia. En efecto, lucía trajes de lujo. Solo lo mejor de lo mejor. Por eso, el paquete de bienvenida que se entregaba a los recién llegados al bufete incluía una lista detallada de lo que se consideraba una indumentaria adecuada. Si bien no exigía que todos llevaran ropa de diseño (sobre todo porque entendía lo duro que era pagar la deuda estudiantil), si alguien se presentaba con una prenda claramente comprada de rebajas, recibía una severa reprimenda para que recordara la importancia de cuidar la apariencia personal.

—Usted es duro por fuera pero blandito como el algodón de azúcar por dentro.

En la vida se había sentido más ofendido.

—Señora Ryan...

—Llámeme Patricia, por favor. Mire que se lo tengo dicho.

Era verdad.

—Señora Ryan —dijo él con firmeza—, aunque aprecio su entusiasmo, creo que tenemos otros asuntos que tratar.

—Sí —se apresuró a decir ella—. Por supuesto. Sé que le incomodan los elogios. Le prometo que no volverá a ocurrir. Al fin y al cabo, no estamos aquí para hablar de usted.

—Exacto —dijo él, aliviado.

A Patricia le tembló el labio.

—Estamos aquí para hablar de mí y de la época tan difícil

que estoy pasando. Por eso me ha hecho venir después de pillarme llorando en el armario del material de oficina.

Él había creído que la mujer estaba haciendo inventario y que el polvo le había causado alergia.

—Me parece que deberíamos reenfocar...

—A Kyle ya no le interesa el contacto íntimo —susurró ella—. Hace años que no me toca ni con un palo. Intento convencerme de que es lo normal en un matrimonio que lleva tanto tiempo, pero no puedo evitar sospechar que hay alguna otra razón.

Wallace dio un respingo.

—No sé si esto resulta apropiado, sobre todo teniendo en cuenta que usted...

—¡Qué me va a contar! —gritó ella—. Más inapropiado, imposible. Sí, he estado trabajando setenta horas a la semana, pero ¿es mucho pedir que mi marido cumpla con sus deberes conyugales? Lo prometió en sus votos matrimoniales.

Qué espanto de boda debió de ser aquella. Seguramente habían celebrado el banquete en un motel Holiday Inn. No, peor todavía: en un Holiday Inn Express. Se estremeció solo de pensarlo. No le cabía duda de que había habido una sesión de karaoke. Por lo poco que recordaba de Kyle, seguro que había cantado un popurrí de Journey y Whitesnake mientras trasegaba lo que él llamaba cariñosamente una birra.

—Pero no me importan las largas jornadas de trabajo —prosiguió ella—. Vienen con el cargo. Ya lo sabía cuando me contrató.

¡Ah! Una oportunidad para ir al grano.

—A propósito de eso...

—Mi hija se ha puesto un aro en la nariz —dijo Patricia con tristeza—. Parece un toro. Mi niñita ahora quiere que un torero la persiga y le hinque la banderilla...

—Virgen santa —murmuró Wallace, restregándose la cara con la mano. No podía perder el tiempo con esas cosas. Tenía una reunión en media hora que aún no había preparado.

—¡Y que lo diga! —exclamó Patricia—. Según Kyle, forma parte del proceso de madurez, y debemos darle libertad para que despliegue las alas y cometa sus propios errores. ¡Yo no sabía que eso significara dejar que se perfore el maldito tabique nasal! Y de mi hijo mejor no hablamos.

—De acuerdo —dijo Wallace—. Pues no hablemos.

—¡Quiere encargar el cáterin de la boda a Applebee's! ¡Applebee's, nada menos!

Wallace se quedó boquiabierto, horrorizado. No se había imaginado que la incompetencia para organizar bodas fuera hereditaria.

Patricia asintió enérgicamente con la cabeza.

—Como si pudiéramos permitirnoslo. ¡El dinero no cae de los árboles! Nos hemos esforzado por inculcarles a nuestros hijos nociones de economía doméstica, pero a los jóvenes a veces les cuesta asimilarlas. Y ahora que su prometida está embarazada, pretende que nosotros lo ayudemos. —Exhaló un suspiro melodramático—. Mi única motivación para levantarme por las mañanas es saber que puedo venir aquí y... evadirme de todo eso.

Wallace sintió que se le formaba un extraño nudo en el pecho. Se masajeó el esternón. Ardor de estómago, sin duda. No tenía que haber comido chili con carne.

—Me alegro de que encuentre aquí un refugio de su existencia cotidiana, pero no es ese el motivo por el que le he pedido que viniera.

Ella se sorbió los mocos.

—¿Ah, no? —Sonrió de nuevo, esta vez con más ganas—. Entonces, ¿cuál es, señor Price?

—Está despedida —anunció él.

Patricia lo miró, parpadeando.

Wallace esperó. Sin duda ella por fin comprendería la situación, y él podría volver al trabajo.

La mujer paseó la mirada alrededor con una sonrisa de perplejidad en los labios.

—¿Es uno de esos programas de telerrealidad? —Se rio, con una sombra del entusiasmo que él había dado por desterrado mucho tiempo atrás—. ¿Me están grabando? Ahora es cuando alguien salta y grita «¡sorpresa!», ¿no? ¿Cómo se llama ese programa? *¿Estás despedido, pero es broma?*

—Lo dudo mucho —dijo Wallace—. No he dado mi consentimiento para que se me grabe en vídeo. —Bajó la vista hacia el bolso que Patricia tenía sobre el regazo—. Ni en audio.

La sonrisa de Patricia flaqueó ligeramente.

—Pues no lo entiendo. ¿A qué se refiere?

—No sé cómo expresarlo de una manera más clara, señora Ryan. A partir de hoy, ya no trabaja para Moore, Price, Hernández y Worthington. Cuando salga de este despacho, los de seguridad le permitirán recoger sus pertenencias y luego la acompañarán hasta la salida. Recursos humanos se pondrá en contacto con usted en breve con motivo de los trámites necesarios para que usted solicite el... ¿cómo se llama? —Revolvió en los papeles que había sobre su mesa—. Ah, sí, el subsidio por desempleo. Porque, por lo visto, si está en el paro, puede chupar de la teta del gobierno, subvencionada con mis impuestos. —Sacudió la cabeza—. Así que, en cierto modo, seguiré pagándole yo. Pero menos, eso sí. Además, no tendrá que venir para ganárselo. Porque ya no trabaja aquí.

La sonrisa se había esfumado del todo.

—Que ya no... ¿qué?

—Está despedida —repitió él, despacio. No sabía qué le costaba tanto entender.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

¡Eso ya era otra cosa! El porqué de las cosas era la especialidad de Wallace. Los hechos puros y duros.

—Por el *amicus curiae* en el caso Cortaro. Lo presentó usted dos horas después de plazo. Si lo aceptaron fue solo porque el juez Smith me debía un favor, y aun así por poco no lo consigo. Tuve que recordarle que lo había visto con su canguro, con la que estaba liado, en el... Da igual. Podía haberle costado usted miles de dólares al bufete, y eso solo supondría una pequeña parte de los perjuicios que habría ocasionado a nuestro cliente. No puedo tolerar esa clase de errores. Le agradezco sus años de dedicación a Moore, Price, Hernández y Worthington, pero me temo que vamos a prescindir de sus servicios.

Ella se levantó de golpe, y las patas de la silla chirriaron contra el parqué de madera noble.

—No lo presenté tarde.

—Ya lo creo que sí —replicó Wallace sin inmutarse—. Puedo mostrarle el sello del secretario del juzgado con la fecha y la hora, si quiere. —Dio unos golpecitos con el dedo en la carpeta que tenía sobre el escritorio.

Ella entornó los ojos. Por lo menos había dejado de llorar. Wallace estaba capacitado para lidiar con la rabia. En su primer día en la Facultad de Derecho, le enseñaron que, aunque los abogados eran esenciales para el buen funcionamiento de la sociedad, siempre serían objeto de la ira de la gente.

—Y aunque lo hubiera presentado tarde, habría sido la primera vez. Un caso aislado.

—Y ahora podrá quedarse tranquila sabiendo que no habrá una segunda —dijo Wallace—, porque usted ya no trabaja aquí.

—Pero... pero mi marido... Y mi hijo... ¡Y mi hija!

—Ah, sí —dijo Wallace—. Me alegra que haya sacado el

tema. Naturalmente, si su hija está recibiendo algún tipo de beca por parte del bufete, esta quedará rescindida con efecto inmediato. —Pulsó un botón del teléfono que tenía sobre la mesa—. ¿Shirley? ¿Me hace el favor de enviar una nota a recursos humanos avisándoles de que la hija de la señora Ryan ya no tiene una beca con nosotros? No sé en qué consiste el trámite, pero me imagino que tendrán que rellenar algún formulario para que yo lo firme. Encárguese de ello ahora mismo.

—Sí, señor Price —crepitó la voz de su secretaria a través del altavoz.

Wallace alzó la vista hacia su exasistente jurídica.

—Ya está. ¿Lo ve? Solucionado. Bien, antes de que se marche, le pido que recuerde que somos profesionales. No hay necesidad de chillar, arrojar objetos o lanzar amenazas que, sin duda, estarían tipificadas como delito. Y, si es tan amable, cuando despeje su mesa procure no llevarse material que sea propiedad de la empresa. Su sustituta empezará el lunes, y no quiero ni imaginar cómo se sentiría si le faltara una grapadora o un portarrollos de cinta adhesiva. Todas las chucherías que haya usted acumulado son suyas, por supuesto. —Cogió una pelota antiestrés con el logo de la empresa que tenía sobre el escritorio—. Son estupendas, ¿verdad? Creo recordar que se le regaló una en conmemoración de sus siete años al servicio del bufete. Llévesela, le doy mi consentimiento. Tengo la sensación de que le será útil.

—No es una broma —susurró ella.

—Me alegra que le haga gracia, pero no —dijo él—. En fin, si me disculpa, tengo que...

—¡Es... es... es usted un monstruo! —gritó ella—. ¡Le exijo una disculpa!

Era de esperar.

—Pedirle disculpas implicaría que he hecho algo malo. No es así. En todo caso, quien debería disculparse es usted.

Patricia respondió con un chillido que no contenía disculpa alguna.

Sin perder la calma, Wallace volvió a pulsar el botón del teléfono.

—Shirley, ¿han llegado los de seguridad?

—Sí, señor Price.

—Bien. Hágalos pasar antes de que me tiren algo a la cabeza.

Cuando Wallace Price vio a Patricia Ryan por última vez, un hombre corpulento llamado Geraldo se la llevaba a ras-tras mientras ella pataleaba y vociferaba, al parecer sin recordar la advertencia de Wallace sobre las amenazas delictivas. No pudo evitar sentir admiración por la entrega con que la señora Ryan le deseaba que se metiera «un atizador candente» por la garganta hasta pincharse «salva sea la parte» (según sus palabras textuales) y sufrir una espantosa agonía.

—¡Caerá usted de pie! —le aseguró él desde la puerta del despacho, consciente de que la planta entera estaba escuchando. Quería que supieran que era un hombre empático—. Cuando una puerta se cierra, otra se abre, y todas esas cosas.

Las puertas del ascensor se cerraron, silenciando las manifestaciones de indignación de Patricia.

—Ah —dijo Wallace—. Así está mejor. Y ahora, sigan trabajando. Que sea viernes no les da derecho a escaquearse.

Todos reanudaron sus tareas de inmediato.

Perfecto. La oficina volvía a funcionar como una máquina bien engrasada.

Regresó a su despacho y cerró la puerta tras de sí.

Volvió a acordarse de Patricia una vez más esa tarde, cuando recibió un correo electrónico de la directora de recursos humanos en el que le decía que se ocuparía de la beca. Notó de nuevo aquel nudo en el pecho, pero no le importó.

De camino a casa, pararía a comprarse un frasco de antiácido líquido. No dedicó un solo pensamiento más al asunto o a Patricia Ryan. «Hay que seguir siempre adelante», se dijo mientras movía el mensaje a una carpeta marcada como RECLAMACIONES DE LOS EMPLEADOS.

Siempre adelante.

Se sintió mejor. Por lo menos, todo estaba tranquilo.

La semana siguiente su nueva asistente jurídica se incorporaría al trabajo, y él le dejaría bien claro que no toleraría el más mínimo error. Más valía sembrar el miedo desde un primer momento que afrontar la incompetencia más adelante.

Se quedó con las ganas.

Porque, dos días después, Wallace Price murió.